DESDE LA ALHAMBRA

VENTAN A LA ETERNIDAD

El libro de los más bellos relatos de la Alhambra,
río Darro, Albaicín, Realejo y Granada

CINCO RELATOS CORTOS

La acequia del río Darro
Sentimiento de pérdida
Un paraíso en Granada
El oro de las montañas de Granada
El más bello mirador de la Alhambra

La acequia del río Darro

El agua que corre a los pies de la Alhambra,
savia de los altos montes
por donde se acumulan las nieves blancas,
tiene alma propia
y en su corazón, la eternidad tallada.
Las acequias, fuentes y el río Darro,
cada día lo anuncian al llegar el alba.

Desde su nacimiento, en la Fuente de los Porqueros, por encima del pueblo de Huétor hasta su desembocadura en el río Genil, el río Darro tuvo y tiene muchas acequias. Pequeños canales artificiales, la mayoría de tierra y construidos en tiempos antiguos, para llevar el agua a las huertas, casas y cuevas. Muchos de estos canales, eran y son pequeños, de recorrido corto y de escaso caudal de agua. Otros eran y son largos, con mucha agua, como es el caso de la Acequia Real de la Alhambra o la de Aynadamar. Bastantes de estas acequias, regaban y siguen regando las tierras llanas en las riveras del río Darro. Otras, alimentaban molinos de aceite y de harina y muchas servían para llenar aljibes, sustentar fuentes y regar jardines en las casas particulares y cármenes.

Justo mismo donde nace este río, Fuente de los Porqueros o Nacimiento, ya hay acequias. Dos muy grandes que por la derecha y por la izquierda, llevan agua a molinos, olivares, tierras de cultivo, pequeñas vivienda y al pueblo mismo y a más huertas. A su paso por el pueblo, al río le siguieron construyendo acequias. Ya por debajo del pueblo y hasta el paraje de Jesús del Valle, a un lado y otro, siguen saliendo canales. Uno de estos canales aun alimenta a una pequeña fábrica de luz. Más abajo se remansa la presa de la Acequia Real de la Alhambra y luego las tierras y cortijo de Jesús del Valle. Por este sitio, las acequias no solo regaban tierras sino que alimentaban molinos de aceite y de harina y daba agua a viviendas, pilares y corrales de animales. Y desde este hermoso valle hasta Valparaíso, seguía y aun sigue saliéndole acequias a este corto pero fantástico cristalino río Darro.

Hoy en día, desde Jesús del Valle para abajo, muchas de las acequias antes mencionadas, están rotas o perdidas pero por Valparaíso y hasta cerca del Puente del Aljibillo, todavía hay una que tiene vida propia y es útil. Algunas personas aún conservan sus huertecillos por las riveras del Darro y, sobre todo, por Valparaíso y Fuente del Avellano. Por eso es justo aquí, por donde los parajes de la Fuente del Avellano, frente a la Abadía del Sacromonte y las laderas de las cuevas, por donde aun corre la Acequia del Avellano. En tiempos antiguos a esta acequia se le conocía hasta con tres nombres deferentes: Acequia de Santa Ana, de Romaila y de los Ajares. Sale del río por encima de la Abadía y, por el lado de la umbría del Generalife, desciende paralela al cauce elevándose poco a poco hasta por debajo del Rey Chico. En la misma umbría del Generalife y a media altura y parte alta, se encuentran las dos más grandes acequias que le han construido a este río: la Acequia Real de la Alhambra y la del Generalife. Pero la pequeña acequia del Avellano, tenía y tiene algo que no se da en ningún otro canal de este río.

Fue construida esta acequia en tiempos muy lejanos. Casi antes que la Alhambra y principalmente para regar huertecillos. También para regar jardines de cármenes y para que de ella cogieran agua algunos habitantes de los barrios por debajo de la Alhambra. Aun hoy en día sucede esto. Pero en aquellos tiempos, para lo que más servía el agua de esta acequia era para dar vida a las tierras de los huertos que vengo diciendo. Por eso, siguiendo su trazado, a primeras horas del día y al caer las tardes, siempre se veían hombres que iban y venían con sus herramientas de labor a cuestas. Al encontrarse unos y otros, se saludaban y preguntaban:
- ¿Qué? Tu huertecillo este año ¿va a darte buena cosecha?
- Más o menos como el año pasado. ¿Y el tuyo?
- Mis plantas están que dan gusto verlas. Con esta agua tan buena y fresca que a todas horas nos regala el río y este sol de primavera, mi huertecillo creo que me va a dar una muy buena cosecha.
- Pues hay que agradecerle al cielo que nos premie con este tesoro de río de tan abundante agua fresca y pura.
- Eso desde luego. Y también hay que agradecer la suerte de vivir en este lugar tan bueno y este barrio y ciudad tan mágica. Montañas, bosques y ríos, hay en muchos lugares del mundo pero como las maravillas que aquí tenemos, no existe en ninguna otra parte del planeta.

Y al caer las tardes, en aquellos todavía frescos días de primavera, estos hombres se juntaban. Justo por debajo de lo que hoy es la Fuente del Avellano y cerca de la acequia, encendían un fuego. Alrededor de sus llamas se sentaban y mientras contemplaban irse el sol, derramando sus últimos rayos sobre las torres de la Alhambra, charlaban. Se repartían entre ellos algunos frutos de los huertos y, mientras se calentaban y charlaban, gozaban del rumor del agua y del brillo de las estrellas en los cielos de Granada. Nadie le daba importancia a estas sencillas reuniones de aquellos hombres pobres. Pero aun hoy en día, cuando se recorre este trozo de acequia, el corazón se asusta y se alegra.

Porque, junto al fuego, cerca de la clara acequia y no lejos de las tierras de sus huertecillos, ellos parecen haberse quedado para siempre. Compartiendo las llamas de la lumbre, hablando de sus sencillas cosas y mirando a las estrellas. Por eso, esta acequia del Avellano y en este tramo concreto, tiene alma propia y es muy diferente a todas las demás acequias del río Darro. A través del tiempo, ellos siguen vivos por aquí y como contemplando y gozando del agua que corre a los pies de la Alhambra.

Sentimiento de pérdida

Junto a la corriente del río, por el lado de arriba de lo que hoy es el Paseo de los Tristes, tenía un trozo de tierra. Solo unos metros cuadrados que compró ahorrando cada día algunos céntimos, a lo largo de muchos años. Vendiendo leña que recogía en las montañas, haciendo algún recado a personas importantes, gastando para comer solo lo justo y necesario y vistiendo ropas pobres. Porque su ilusión, la mayor de las ilusiones de su vida, era comprarse este trozo de tierra y construirse una bonita casa. Se decía: “Me la haré yo mismo porque quiero que sea lo más parecida al sueño que dentro de mí llevo. Para que el día que me muera, quede de mí algún recuerdo en este mundo”.

No tenía el hombre ni mujer ni hijos y sus padres, ya muy mayores, habían muerto años atrás. Pero sí conoció, en su primera etapa de su juventud y un tiempo que estuvo en el extranjero, a varias personas. Todas jóvenes con las que congenió muy bien y por eso los abrigó dulcemente en su corazón. Se decía: “Estos cuatro amigos míos, son los que de verdad merecen todo mi cariño. Y como siempre han sido buenos conmigo, mi mayor deseo es regalarles un día, lo mejor que de mí tengo. Pero quiero hacerlo en forma de obra material, bella y única para que así, cuando yo muera, mi memoria no se pierda de este suelo. Y como libros no sé escribir ni tampoco sé pintar cuadros ni dar forma a esculturas bellas, lo único que puedo dejarles es una casa aquí en Granada. Junto al río Darro y frente a la Alhambra. Verán ellos que de este modo, entregándoles lo más personal de mí, los aprecio y quiero como a nadie en este mundo. Y a mí, ninguna otra cosa me va a dejar más satisfecho, ahora mientras viva y cuando un día muera”.

Y a partir del momento en que ya fue dueño del terreno, comenzó con el trabajo de la construcción de la casa que soñaba. Del río Darro cogía arena, graba y agua y con este material, después de cavar las zanjas, comenzó a rellenar los cimientos. De los montes y con un borriquillo que los conocidos le prestaban, acarreó piedras y palos y con ellos comenzó a levantar las paredes. En los ratos que le quedaban después de realizar el trabajo con el que sacaba algo para comer. Pero en los ratos libres, por las tardes y en ocasiones también por las noches a la luz de la luna, trabajó muy duro y sin descanso. Poniendo en cada esfuerzo y detalle, lo mejor de sí y el cariño más grande. Se decía: “Nada satisface más en esta vida que ser libre y hacer aquello que uno sueña. Y nada deja mejor sabor de boca que dar forma y vida al propio proyecto personal. Cada día estoy más contento con esto que he emprendido y, aunque estoy dejando en ello mi sudor y sueño, no me arrepiento. Al contrario, me siento orgulloso de mí y de la bonita obra que voy a dejar en este suelo, cuando muera”.

Con estas reflexiones e ilusión, el hombre trabajaba y trabajaba y a apenas paraba para dormir un poco por las noches. Y cuando esto ocurría, mientras cogía el sueño, le daba vueltas en su cabeza a las ideas. Buscando una vez y otra la forma de que cada día fuera más recia, bonita y perfecta. Y lo iba consiguiendo poco a poco. Se alzaron los cimientos, se vieron las paredes, aparecieron las ventanas y, en la puerta, ya crecían plantas de todas las clases. Se decía: “Para que cuando vengan mis amigos tengan, además de esta bellísima casa mía para disfrutarla, también un pequeño jardín y fuentes y acequias con las aguas claras del río Darro. Para mí será el día más feliz de mi vida y ellos, los que tanto han soñado en vivir cerca de la Alhambra, seguro que también serán dichosos. Y no se lo diré pero bien lo sabe el cielo que lo único que pido de todo esto es solo que mi memoria quede después de muerto. Que esta obra mía recuerde y sea mi presencia por mucho tiempo en esta tierra”.

Cerca de donde él se construía su casa de piedra, grava y arena del río y madera de las montañas, otro hombre tenía un pequeño palacio. También frente a la Alhambra, con un jardín no muy grande y fuentes con aguas claras. Y este hombre, casi desconocido en todo el barrio del Albaicín y en la Alhambra pero muchos decían que era muy rico, mostró su descontento a los pocos días de ver las obras de la casa del hombre soñador. Desde las ventanas de su palacio miraba para el rincón de la casa y se decía: “¡Mira que donde ha venido a construirse su casa este pobre hombre! No me gusta nada y como ni de su casa ni de él voy a sacar ningún provecho, tengo que buscar la manera de fastidiarlo”.

Llegó a oídos del hombre soñador lo que el hombre del palacio tramaba contra él y se llenó de miedo. También en sus momentos de serenidad, se decía: “¡Mira que si viene contra mí y me ataca y destruye la obra de mi vida! Esta casa mía es el único y para mí importante sueño de mi vida en este mundo. Si me lo rompe, todo para mí quedará sin sentido y ya no tendré ni un solo motivo para seguir viviendo. Que el cielo no permita que esto ocurra nunca”. Y a partir de aquellos días empezó a vivir lleno de miedo y hasta triste pensando en que el hombre del palacio, en algún momento, le rompiera la única y valiosa obra de su vida.

Y sucedió que un día, el hombre soñador ya tenía su casa casi terminada. Por eso les había dicho a los amigos que vinieran cuando quisieran para quedarse a vivir, si les apetecía y para disfrutar de la obra de sus sueños. Los amigos le dijeron que sí, que vendrían pronto a Granada para ver y disfrutar de su casa, junto al río Darro y frente a la Alhambra. Por eso, un bonito día de otoño, después de muchas lluvias, salió el sol. Los campos a norte de Granada estaban repletos de verde, con agua por todos sitios y vestidos con los colores del otoño, los bosques y almendros. Sus amigos vendrían al día siguiente y para obsequiarlos con algo especial, el soñador, cogió una cesta de mimbre, caminó por las veredas hacia las montañas al norte de Granada y cuando llegó al sitio oportuno, se puso a buscar setas. Se decía: “Los obsequiaré con los mejores níscalos nacidos en estas montañas, asados en las brasas de la lumbre de la chimenea de mi casa. Para que ellos nunca se olviden ni de mí ni de mi casa ni de este día tan especial”.

Encontró el hombre una muy buena cantidad de níscalos, recogió un gran haz de leña seca y al caer la tarde, regresó por los caminos dirección a Granada, río Darro y a su casa. Caía el sol cuando, por entre los huertecillos del río, se acercaba a su casa, todo contento y feliz. Y al salir de una pequeña curva en el camino miró y no vio a su casa. En su lugar descubrió un montón de escombros y chorros de humo saliendo de estos escombros. El corazón le dio un vuelco y se restregó los ojos para ver mejor. Caminó despacio, todo lleno de miedo y temblando y en unos minutos estuvo a dos pasos de lo que había sido su casa soñada. Porque ahora y ante sí, solo veía ruinas, escombros, humo, plantas destrozadas y las paredes y madera de la obra de sus sueños, esparcidas por el suelo. Se puso a solo unos metros, caminó más despacio, se volvió a restregar los ojos, ahora para limpiarse las lágrimas y triste, ahogado en una angustia casi de muerte, se dijo: “Y ahora ¿qué hago yo? ¿Qué les voy a ofrecer a mis amigos cuando lleguen mañana? Ya no tengo por aquí ni para vivir ni para perpetuar mi recuerdo después de mi muerte. Por eso quiera morirme ahora mismo. ¡Dios mío, llévame contigo porque nada ahora ya en este mundo tengo! Con las ruinas de este sueño mío, ahora extendidas ante mis ojos, queda sin sentido toda mi ilusión y esfuerzo. No quiero seguir viviendo. Dios mío, llévame ahora mismo contigo”.

Y a la luz de la luna, por entre las nubes de humo que se alzaban desde las ruinas de lo que había sido su casa, se veía al frente la Alhambra. Se oía el rumor de las aguas del río, el canto de algún mochuelo y todo lo demás, era silencio, empañado por los lamentos del hombre soñador. Ni siquiera su corazón parecía palpitar pero sí la angustia, el miedo y el desconsuelo, le oprimía en el pecho y parecía ahogarlo sin remedio.

Un paraíso en Granada

“Cultivar en el alma y corazón, la paz y respeto para con los demás, es lo mejor que podemos hacer en esta vida y suelo”. Este era su lema y lo que en todo momento practicaba. Principalmente, con los más pobres, los que no sabían leer y escribir y, de alguna manera, la sociedad despreciaba.

El hombre era rico. Decían que el más rico de todo el reino de Granada en aquellos tiempos. Y tenía muchos, muchos amigos. En el barrio del Albaicín, en la ciudad de Granada, en toda la Vega y, especialmente, en la Alhambra. Los reyes de estos palacios, lo admiraban mucho y por eso, siempre que tenían oportunidad, le preguntaban:
- No sabemos cómo lo consigues pero nosotros, los que tenemos el poder y las riquezas, siempre estamos metidos en guerras, matando gente por doquier, haciendo esclavos, peleándonos unos con los otros, imponiendo cargas a los demás… Y en cambio tú, a todas horas estás rodeado de amigos, de personas que te quieren y tratan con respeto y te dan lo mejor de sí mismos. ¿Cómo lo consigues?
Y el hombre les contestaba:
- Nada especial hago yo para conseguir tantos amigos.
- ¿Entonces?
- Solo me limito a ver en cada persona un ser digno de respeto y cariño y esto, ellos me lo agradecen y devuelven también en forma de respeto.
- Pero ¿cómo lo consigues?
- Teniendo siempre presente que lo principal, para ti, para mí y para todos, es solo eso: cultivar en el corazón y alma, la paz y respeto para con todos.
- Pero entre nosotros ¿por qué practicamos lo contrario?
- Porque tenéis miedo a perder el poder y las riquezas. Queréis ser ricos y poderosos a toda costa y eso os lleva someter a los demás, organizando guerras, imponiendo injustos impuestos, haciendo esclavos y tratando a las personas como si no tuvieran derechos ni dignidad.

Y al oír estas palabras, algunos de los reyes de la Alhambra, se iban con su amigo el hombre rico. A las tierras que este hombre tenía en el corazón mismo de la Vega de Granada. Y allí, en su cortijo llamado en aquellos tiempos alquería, se quedaban durante algunos días. Disfrutando especialmente de los hermosos jardines, estanques de aguas claras, fuentes cristalinas, acequias y ríos y también del perfume de las plantas y cantos de los pajarillos. También disfrutaban ellos mucho de la paz y silencio que toda la alquería rezumaba y del trato sincero que recibían de las personas que por allí había. Y lo que más les gustaba a estos reyes de la Alhambra, era ver lo que hacía y cómo se comportaba su amigo rico, con las personas que en sus propiedades trabajaban.

Cada mañana, al salir el sol él siempre era el primero en levantarse. Vivía con su familia en unos de los pabellones del cortijo. Por eso, en cada momento, estaba en contacto y charlaba con las personas que a sus órdenes tenía. Y lo primero que hacía cada mañana al salir el sol, era ponerse frente a las cumbres de Sierra Nevada, respirar el aire puro que de esas cumbres venía y luego rezaba, dando gracias a Dios y pidiéndole fuerzas y luz para hacer las cosas bien en el nuevo día. Luego, se iba al lado de cada uno de sus trabajadores, los saludaba, comía con ellos y charlaban de mil cosas y, cuando llegaba el momento del trabajo, el primero en ponerse mano a la obra, era él.

Azada en mano, labraba la tierra, la regaba, quitaba las malas hierbas y escardaba las plantas, siempre a la par de los que a sus órdenes tenía. Cuando llegaba la hora del descanso, un tiempo más o menos largo después de unas horas de trabajo, él mismo decía:
- Vamos a respirar un poco mientras saboreamos un té.
Siempre había alguno encargado de tener a punto esta bebida y allí mismo, entre las plantas, cerca de las acequia o de las aguas del río, se concentraban y durante un rato charlaban y compartían las cosas sencillas de sus vidas. Al caer las tardes, dos horas antes de que se pusiera el sol, siempre les decía a todos lo que trabajaban en su alquería a cambio de un sueldo:
- Ha llegado otra vez la hora del descanso. Venid todos conmigo al cortijo que quiero compartir con vosotros algo que os interesa mucho.

Todos le seguían, con sus manos llenas de barro y sus caras impregnadas de sudor, lo mismo que el dueño, el hombre rico. En una de las salas del cortijo, preparada para el encuentro, se reunían y entonces el hombre rico les decía:
- Gracias a todos por esta nueva jornada de trabajo. Estoy contento con cada uno de vosotros y más contento estoy por el cuidado que ponéis en cultivar y labrar estas tierras mías. Este año vamos a tener le mejor cosecha y eso será bueno tanto para mí como para vosotros. Entre todos nos repartiremos los frutos que de aquí saquemos. Y ya sabéis: quiero que aprendáis a leer y escribir para que cada vez seáis más libres. Cuanto más cultura tiene una persona más preparada está para ser libre y practicar el respeto con los demás. Y quiero que transmitáis a vuestros hijos lo bueno que es el disfrute y amor por todas las personas, con la naturaleza y con Dios. Solo de este modo es posible construir aquí en la tierra, el paraíso que todos siempre soñamos.

Y los que trabajaban con el hombre rico, siempre decían:
- Pues nosotros estamos más contento con usted cada día. Nos paga bien, nos trata mejor, nos enseña la bondad y el respeto y por eso, también cada día vamos a trabajar más, procurando hacer todo lo mejor posible. Usted y su forma de comportarse con nosotros y también su familia, se lo merecen.
Y los reyes de la Alhambra, al ver y oír estas cosas, en un ambiente de tanta armonía y en tan hermoso lugar, decían:

- Parece un sueño pero desde luego que el paraíso tiene que ser algo muy similar a esto.
Y el hombre rico les argumentaba:
- Tenéis razón: ya estáis viendo que el paraíso es posible en este suelo con solo cultivar en el alma y corazón, la paz y el respeto para con los demás. El odio, la envidia y la opresión, destruyen mientras que el amor por lo bello, las personas, Dios y la naturaleza, engrandece y lleva al gozo del paraíso más hermoso.

El oro de las montañas de Granada

En tiempos pasados, en Granada, muy cerca de la Alhambra y por donde el río Darro, hubo oro. Al parecer, en cantidades pequeñas pero suficientes para que muchas personas lo buscaran. Personas pobres, otras en forma de empresas y hasta parece que también los reyes de la Alhambra. No han hablado muchas personas de esto ni tampoco hay gran cantidad de documentos que lo acrediten.

Pero al norte de Granada, antes de las altas cumbres de Sierra Nevada y entre los ríos que por estos lugares corren, vivían ellos. Eran tres, bastantes pobres pero tenían lo suficiente para ir tirando. Cada uno cuidaba un pequeño rebaño de ovejas, algunas cabras y cultivaban varios trocitos de tierra junto a las aguas de los ríos. Y eran felices con la pequeña fortuna de sus rebaños y con lo que la naturaleza por estos lugares de regalaba: dos ríos de aguas muy claras, algunos arroyuelos, con sus manantiales bajo las rocas o en los troncos de los árboles, las blancas nieves de Sierra Nevada y la purísima luz del sol que el Creador les proporcionaba cada mañana.

Por eso ellos tenían costumbre, desde hacía mucho tiempo, de juntarse cada amanecer y en un lugar muy concreto de sus montañas. En uno de los cerros más alto y bonitos que por aquellos lugares había. Estaba poblado este cerro de espeso bosque de encinas y robles, tenía rocas muy grandes y bellas y, en las partes bajas, brotaban varios manantiales. De aguas frescas y muy limpias porque venían de las nieves de Sierra Nevada. También este cerro le servía a ellos con mirador fantástico no sólo hacías la nieve es de las altas cumbres y a los primeros rayos del sol al salir éste cada mañana, sino que desde aquí tenían una vista espléndida de la Alhambra y de Granada. Por eso un día y otro, al encontrarse en el punto concreto que habían bautizado como su "rincón predilecto", unos a otros se decían:
- Los reyes allá en la Alhambra tendrán lujosas telas de seda, muchas y bellas mujeres, grandes mesas repletas de comida pero nosotros, cada día disfrutamos de los rayos del sol derramándose sobre aquellas torres y murallas. Y como esto, no hay otra fortuna más grande en el mundo.
- Y que lo digas. Nuestra fortuna y dicha es mil veces más grande que todas las riquezas que tengan aquellos reyes de la Alhambra.
- Porque además, el cielo nos ha premiado no sólo con la fantástica belleza de estas montañas sino también con la capacidad de ver y gustar la hermosa belleza y armonía que por aquí se extiende. Somos los más ricos y afortunado de todas las personas del reino de Granada.

Esto y cosas parecidas comentaban ellos un día y otro cuando cada mañana se juntaban para gozar de la salida del sol y de la luz que por los paisajes se derramaba. Y eran más que felices porque se sentían libres y dueños absolutos de la mejor fortuna que puede tener persona alguna en este suelo. Pero un día, estando ellos sentados en su gran mirador frente a Sierra Nevada, a la Alhambra y a Granada, por la ladera de enfrente vieron bajar a un grupo de hombres. Les sorprendió mucho y por eso, enseguida dejaron su mirador y por una sencilla, descendieron en busca de las personas que se descolgaba por la otra ladera. Querían saber quiénes eran y qué buscaban por estas tierras y también porque temían que les robaran sus corderos.

Ocultándose por entre el monte y las rocas llegaron a las partes más bajas del cerro. Se dijeron:
- Como tienen que salir por aquí les cortamos el paso, los paramos y les preguntamos.
Y así fue. Ya cerca del río, al cortarle el paso, se encontraron con ellos, los saludaron y sin más les preguntaron:
- ¿Quiénes sois y qué buscáis por aquí?
Y el que parecía ser el jefe del grupo, respondió:
- Somos enviados de los reyes de la Alhambra y venimos por aquí, buscando el oro que ellos necesitan.
- ¿El oro de estas montañas?
- No sólo el oro, sino el agua de estos dos ríos y la leña de estos bosques. Los reyes necesitan todas estas cosas y muchas más.
- Pero estas montañas, el agua de los ríos y los árboles de los bosques, nos pertenecen aunque no sean nuestros.
- Desde hoy no. Porque vamos a talar los bosques, nos llevaremos el agua de estos ríos y desmoronaremos las montañas para buscar el oro que los reyes están necesitando.

Al norte de Granada, por encima de la Alhambra y antes de las cumbres de Sierra Nevada, entre varios ríos de agua muy cristalina, hoy se pueden ver estas montañas. Muchas de ellas, peladas porque

ya nos tienen bosques y otras, por completo desmoronadas. Durante mucho tiempo por aquí buscaron oro, talaron bosques para llevarse la madera y la leña y trazaron acequias para conducir el agua a otros lugares de estas tierras. Pero, desde aquellos tiempos y hasta hoy, cuando uno recorre estos sitios, si se va atento a los luminosos rayos del sol y a los sonidos del tiempo durmiendo por entre la naturaleza, se pueden percibir las palabras de aquellos tres pastores: “Los reyes allá en la Alhambra, tendrán lujosas telas de seda, muchas y bellas mujeres y grandes mesas repletas de comida pero nosotros somos los dueños de los luminosos rayos del sol y de la belleza de estas montañas”.

El más bello mirador de la Alhambra

Vivía en la torre más bonita y alta. Desde donde se veía no solo la amplia Vega de Granada, todo el barrio del Albaicín y cuenca del río Darro, sino también las cumbres de Sierra Nevada y valles y laderas del Genil. Y disfrutaba él, cada día contemplando desde su torre, estos fantásticos paisajes, las salidas y puestas del sol y las nieves blancas de las altas cumbres. Pero con frecuencia les decía a sus amigos:
- Aunque esta torre mía y sus ventanas, son un mirador único, no es lo que a mí de verdad me gustaría.
- Pues hombre, mayor fantasía que tu recia torre, sus ventanas y los paisajes que desde aquí se ven, es imposible encontrarlo en Granada.
- En algún lugar del mundo y puede que no lejos de aquí, tiene que existir lo que sueño y deseo cada día.
- Pues cuando lo encuentres, nos lo dices y nos lo enseñas.

Y desde aquel día, cada mañana a primera hora, montaba en su caballo blanco, le abrían las puertas de las murallas de la Alhambra y lento se dirigía hacia las montañas de Sierra Nevada. Llevaba siempre con él, además de su caballo, unas alforjas de cuero llenas de monedas de oro y algunas cosas para comer al media día. Por las orillas del río Genil y otras veces por las montañas y campo a través, trotaba y, de vez en cuando, se paraba. Miraba para atrás, buscando la figura de la Alhambra y luego extendía sus miradas por la ancha vega de los ríos y para las blancas cumbres de Sierra Nevada. Y una vez y otra se decía: “Este lugar es bonito pero no me deja satisfecho. Lo que sueño y quiero tiene que ser fantásticamente bello y único. Quiero que tenga mucha hierba, abundante agua clara, la luz más brillante del mundo, los colores más puros y la vista más reluciente que se pueda observar de la Alhambra y de Granada. Y también quiero que tenga silencio, música de cascadas, perfume de flores frescas y, sobre todo, libertad auténtica y sin mancha”.

Y uno de aquellos días, al llegar a un valle muy recogido, se encontró con un pastor de ovejas. Cerca de él paró su caballo y le preguntó:
- ¿Conoces tú algún lugar por estas montañas, que tenga mucha hierba, abundante agua clara y tierras buenas?
- Sí que lo conozco, señor.
- ¿Me lo enseñas?
- No está lejos de aquí. Sígame usted y se lo muestro.
Caminaron un trecho siguiendo la senda del arroyuelo, el pastor delante y él detrás montado en su caballo y al poco salieron a un claro del bosque. Se paró el pastor y alzando sus brazos dirección a las cumbres de Sierra Nevada, aclaró:
- Este es el lugar que le he dicho. Mire usted despacio y diga si le gusta o no es esto lo que viene buscando.
Miró despacio desde lo alto de su caballo y al rato confesó:
- Sí, esto es lo que yo siempre he soñado. ¿Tú quieres ayudarme?
- ¿En qué necesita usted ayuda?

Despacio y con detalles, le contó al pastor el sueño de su proyecto y al final le dijo:
- Te nombraré encargado y director general de esta obra mía y te daré todo el oro que necesites si me ayudas y consigues llevar a cado el sueño que te he contado.
Y el pastor respondió:
- Yo le ayudo a usted pero con dos condiciones.
- ¿Qué dos condiciones?
- Que me deje libertad para hacer las cosas a mi manera y que usted no vea nada de esta obra hasta que todo esté terminado. Hasta que yo se lo diga y en el momento concreto.
- Estoy de acuerdo contigo. ¿Cuándo empezamos?
- Cuando usted quiera.
- Pues ahora mismo. Estas alforjas que traigo aquí, las tengo llenas de monedas de oro. Desde este mismo momento son tuyas. Para que compres y pagues todo lo que necesites, con toda la libertad que me has pedido. Volveré por aquí y te traeré las alforjas llenas de monedas de oro cada día y no me entremeteré en nada de lo que digas o hagas. Eres libre como el aire de estas montañas y confío en ti plenamente. ¿Qué más necesitas?
- Quizás me sobre todo este gran tesoro que me entrega y, por eso ahora mismo, ya no necesito nada más. Pero por si acaso y ahora al principio, usted traiga todo el oro que tenga y pueda.

Se bajó de su caballo, descargó la alforja llenas de monedas, se la dio al pastor y luego miró valle arriba y dijo:
- Este río de agua clara, esas laderas tupidas de bosque y de hierba fresca, las tierras que miran al sol de la mañana y aquellas cumbres tan bonitas y blancas, es lo que siempre he soñado. El lugar y mirador más bello de Granada, no lejos de la Alhambra y desde donde podré ver el mejor y más amplio espectáculo. Me gusta este sitio. Creo que no hay otro en ninguna parte del mundo desde donde disfrutar de la visión de la Alhambra, de su entorno y de todo el reino de Granada. Ponte ahora mismo mano a la obra y no tengas prisa ni tampoco te preocupes por el dinero. En tus manos pongo mi gran sueño.

Dejó las alforjas llenas de monedas de oro a los pies del pastor, lo despidió y regresó a la Alhambra. Y el pastor, en una profunda cueva que se abría en la roca cerca de la corriente del río y que él conocía muy bien, entró y guardó las monedas. En un rincón de la gran sala que la cueva tenía, según se entraba a la derecha. Salió luego, buscó a sus amigos y conocidos y les dijo:
- Tengo que ausentarme por unos días. Cuidad de mi rebaño de ovejas y cuando vuelva os lo pagaré. Y también compartiré con vosotros un milagro del cielo que ha ocurrido hoy por el Valle de la Luz.
- Pues ve tranquilo y regresa cuando puedas. Y despacio, luego también nos cuentas qué milagro es el que ha ocurrido hoy por ese lugar de las montañas.

Se ausentó el pastor y aquella misma tarde, habló con el dueño de las tierras del Valle de la Luz y se las compró. Habló luego con muchas familias que conocía en el barrio del Albaicín y del Realejo y a todos les dijo:
- Desde ahora, tenéis casa, tierras para cultivar, agua clara en abundancia y toda la libertad que siempre habéis soñado. Para vivir feliz y todo completamente gratis.
- ¿Dónde es eso y qué tenemos que hacer para conseguirlo?
Preguntaron incrédulas las familias. El pastor les explicó su proyecto y al día siguiente, muchas familias se presentaron en el Valle de la Luz.

Por encima de la cueva donde el pastor había guardado el oro, en una pequeña llanura cerca de la cascada, reunió a todas las familias que iban llegando. Se puso frente a ellos, sobre una alta roca y les dijo:
- A todo el que quiera, le regalo ahora mismo un buen trozo de tierra de las mejores de este valle. Por esa gran ladera frente al sol y en lo más alto de las cumbres y por las partes bajas y junto al río de aguas claras.
Y enseguida algunos preguntaron:
- ¿Y qué tendremos que darte nosotros a cambio de tu regalo?
- Absolutamente nada. Pero sí que es un regalo con algunas condiciones.
- ¿Qué condiciones?
- Solo tres, muy sencillas y fáciles de cumplir.
- ¿Cuáles son?
- Que cultivéis con esmero cada uno de los trozos de tierra de este rincón, respetando al máximo la naturaleza. Que cada uno de vosotros se construya una bonita casa de paredes blancas en la ladera de enfrente de las tierras de cultivo y que en vuestros ratos libres, me echéis una mano en la obra que tengo que construir.
Un poco desconcertados estaban los allí presentes aunque satisfechos con las condiciones que les ponía el pastor. Por eso varios preguntaron:
- ¿Y qué obra es la que tienes que construir?
- Una muy grande, de cal, arena y piedras en lo más altos de la montaña que forma este valle. Y como será tan grande, ha de ser única tanto en Granada como en el mundo entero.

Y las familias, después de hablar mucho entre ellos y reflexionar sobre los pros y contras, dijeron:
- Estamos de acuerdo en las condiciones que nos pides. ¿Cuándo tomamos posesión de las tierras?
- Desde hoy mismo, en este instante, os podéis poner mano a la obra. Entre vosotros poneros de acuerdo y hacer las cosas como más os guste, teniendo en cuenta solamente las tres condiciones que os he dicho.
- Pues ahora mismo damos comienzo a esta fantástica aventura.
Dijeron todas las familias allí presentes. Y en aquel mismo instante se pusieron mano a la obra. Entre ellos se repartieron las tierras fértiles de la ladera del sol y las más cercanas a las aguas del río. En la ladera de enfrente, por encima de la cueva y en lo más alto, abrieron cimientos y comenzaron a construirse sus casas. Cada familia una y procurando que todas fueran más o menos iguales. Y por las riveras del río, se pusieron a sembrar árboles frutales: higueras, membrillos, ciruelos, cerezos, perales, parras…

Cada mañana, el soñador de la Alhambra, seguía llegando al lugar montado en su caballo blanco. Saludaba al pastor, le entregaba algunas monedas de oro y luego preguntaba:
- ¿Cómo va la construcción de mis sueños?
- Va todo muy bien, señor.
- ¿Cuándo podré verla y disfrutarla?

- Tiene usted que esperar todavía bastante tiempo. Una obra como ésta es complicada y hay que dedicarle mucho esfuerzo.
- ¿Y ni siquiera puedo observarla desde lejos?
- Es una de las condiciones que pastamos. Hasta que todo esté terminado, usted no podrá contemplar el valle ni ver la obra que ahí levantamos.

Despedía el hombre al pastor y luego, muchas veces, se quedaba allí, junto al río. Por debajo de la gran cascada, cerca del charco azul redondo, donde se bañaba, comía en solitario, siempre mirando para la Alhambra y siempre soñando con el mirador del Valle de la Luz. El pastor nunca lo molestaba ni tampoco las familias ya dueños del valle. Sus casas, según iba pasando el tiempo, emergían blancas sobre la ladera del sol y sus huertos, se llenaban de verdes frescos, de árboles cada vez más grandes, con muchas flores en primavera y cargados de los mejores frutos, en verano y en otoño. Así fue como, según corría el tiempo, meses, algunos años y más meses y semanas, la belleza del valle aumentaba.

Hasta que un día, seis años después del primer encuentro con el pastor, éste una mañana le dijo al hombre soñador:
- Llega la primavera y por fin, la obra que para usted hemos estado construyendo, se encuentra terminada. Mañana por la mañana, usted puede entrar conmigo al valle y subir al mirador de sus sueños.
- Desde este momento, ya solo vivo esperando que amanezca mañana.
Dijo el hombre. Y al salir el sol al día siguiente, montado en su caballo, entraba por las veredas de las partes bajas del valle. Y al ver la ladera de la izquierda, toda repleta de huertos y tierras llenas de vegetación, se quedó sin aliento. Y más se sorprendió al ver la ladera de la derecha, por donde más de mil casas de paredes blancas y casi todas iguales, emergían como asomadas a las aguas del río. Y río arriba, los árboles y vegetación, llenaban de colores y sombras, todo el amplio valle. Dijo:
- De ningún modo podía yo imaginar que esto fuera tan bello y mágico. ¿Cómo lo has conseguido?
- Con el sudor de la frente y la bendición del cielo.

Caminaron un buen trecho, el hombre sobre su caballo y el pastor delante y al llagar a la construcción, por encima de la cueva de las monedas, se bajó del caballo. Por un camino todo de piedra, subió guiado por el pastor y comenzaron a remontar hasta las partes más altas del valle. Y según iban subiendo, de vez en cuando se paraba y miraba para atrás. Al fondo, a lo lejos y cada vez con más claridad y fuerza, iban descubriendo las torres de la Alhambra, la ciudad de Granada, sus ríos y la Vega. Y según miraba exclamaba:
- Mucho más hermoso de lo que siempre yo había imaginado.
- Pues subamos un poco más y lleguemos al mirador.

Siguieron caminando y cuando por fin alcanzaron la plataforma del mirador, todo de piedra tallada y mármoles blancos y verdes, el hombre se paró. Cerró los ojos, respiró profundo y luego poco a poco comenzó mirar. Cuando por fin sus ojos se abrieron por completo y pudo contemplar lo que desde el mirador se veía, se quedó todo quieto. No dijo nada, miró largamente en silencio y pasado un buen rato comentó:
- Este mirador, esas laderas tan verdes que caen hacia el río y aquel enjambre de casitas blancas como la nieve de Sierra Nevada, es el pórtico del paraíso. Nada, en ningún otro lugar del mundo, puede ser más bello.
Y entonces el pastor, abriendo un gran cofre que había colocado a la derecha del mirador, de madera tallada y decorado con pequeñas piedrecitas de cuarzo transparente, dijo al hombre soñador:
- Y aquí tiene usted todas las monedas de oro que me ha ido entregando desde el primer día. Solo algunas hemos necesitado pero luego fuimos recuperándolas poco a poco.

Y aquel día, el hombre soñador, ya no regresó a su torre de la Alhambra. En el mirador del Valle de la Luz, se quedó a vivir con las familias y su amigo el pastor. Y aunque al día siguiente y los que vinieron después, fueron a buscarlo, no lo encontraron. Tampoco en aquellos días, nadie pudo descubrir el Valle de la Luz. Aun hoy en día nadie sabe dónde se encuentra este magnífico lugar. Pero cuando las nieblas cubren las laderas de las montañas de Sierra Nevada, sí algunos dicen que se vislumbra el valle, con su gran mirador en lo más alto, los huertos y las casas blancas en la ladera del sol. Y otros comentan:
- Si el Valle de la Luz, era el pórtico del paraíso, pertenece a la eternidad y por eso es lógico que siga existiendo. Pero para verlo, quizás sea necesario tener el corazón tan hermoso y puro como el de aquel pastor.